

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.^a ÉPOCA

Año 1968 - Números 147-52

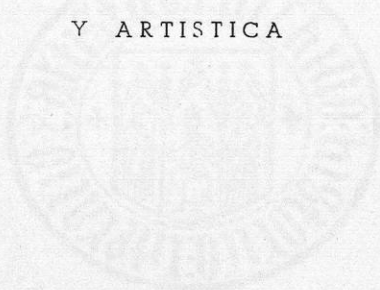


SEVILLA

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA



IMPRESION DE LA REVISTA EN EL INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y ESTADÍSTICAS DE LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA



ARCHIVO HISTÓRICO
SEVILLA
HISTÓRICO DE SEVILLA
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE SEVILLA

DEPÓSITO LEGAL, SE - 25 - 1958



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA

DIRECTOR: JOSE J. REAL

Impreso en España, en los Talleres de E.C.E.S.A. - Conde de Barajas, 21 - Sevilla, 1970

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PUBLICACION BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1968



Tomos
XLVIII - XLIX
Núms. 147 a 152

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTORICA, LITERARIA Y ARTISTICA

2.ª EPOCA

1968

ENERO A DICIEMBRE

Núms. 147 a 152

CONSEJO DE REDACCION

EXCMO. SR. D. CARLOS SERRA Y DE PABLO-ROMERO, Presidente de la Diputación Provincial.—DR. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—DR. D. JESÚS ARELLANO CATALÁN.—DR. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—DR. D. ANTONIO MURO OREJÓN.—D. LUIS TORO BUIZA.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.—Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director Honorario: D. MANUEL JUSTINIANO MARTÍNEZ.

Director: Dñ. D. JOSÉ J. REAL DÍAZ.

Secretario de Redacción: DR. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO.

Administrador: DOÑA ARACELI SHAW GARCÍA.

SUMARIO

ARTICULOS

	Págs.
Enriqueta Quesada Montero.— <i>La actuación de la Suprema Junta de Sevilla a través del Diario de su Presidente</i>	7
Juan Collantes de Terán.—« <i>Las ciudades muertas</i> ». <i>Hacia una topografía urbana en la poesía de Antonio Machado</i>	109
Jesús Viñas Cebrián.— <i>Revolución de Septiembre de 1868. Aspecto militar en Andalucía y la batalla del Puente de Alcolea</i>	121
Teodoro Falcón Márquez.— <i>La iglesia de San Nicolás de Bari, de Sevilla</i>	161
Fernando Franco Domínguez.— <i>Hacia un concepto de generación</i> . ..	199

MISCELANEAS

Antonio Domínguez Ortiz.— <i>La incorporación a la Corona de Sanlúcar de Barrameda</i>	215
Sor Cristina de la Cruz Arteaga.— <i>Huertos cerrados de la Sevilla histórica y su sentido en el mundo de hoy</i>	233
Juan A. Fernández.— <i>Tierras de Doñana</i>	255
Pedro M. Piñero Ramírez.— <i>Crónica del traslado a Osuna de los restos mortales del Excmo. Sr. D. Francisco Rodríguez Marín</i> ..	271

DOCUMENTOS

José Joaquín Real Díaz.— <i>El Consulado de cargadores a Indias: Su documento fundacional</i>	279
Francisco Aguilar Piñal.— <i>Algunos incunables sevillanos del Museo Británico</i>	293
Jean Coste.— <i>Rentas desconocidas de Francisco de Rioja</i>	299

LIBROS

Francisco López Estrada.— <i>Una biografía compartida. Fernán Caballero y el torbellino romántico</i>	319
Francisco Aguilar Piñal: <i>La Sevilla de Olavide</i> .—A. Herrera	334
A. Domínguez Ortiz: <i>Crisis y decadencia de la España de los Austrias</i> .—Carlos Martínez Shaw	336
E. Ionesco: <i>Diario</i> .—Esteban Torre	329
A. I. Kroeber: <i>El estilo y la evolución de la cultura</i> .—Esteban Torre	330
Antonio Mestre Sanchis: <i>Ilustración y Reforma de la Iglesia. Pensamiento político-religioso de D. Gregorio Mayáns y Siscar</i> .—F. A.	339
J. Mora Ferrater: <i>La filosofía actual</i> .—Antonio del Toro	333
Daniel Pineda Novo: <i>Al vuelo de las horas</i> .—Esteban Torre	327
L. Pirandello: <i>Ensayos</i> .—Esteban Torre	329
Fermín Requena: <i>Provincianas</i> .—Esteban Torre	332
Juan Sierra: <i>María Santísima</i> .—Esteban Torre	325
G. Torrente Ballester: <i>Teatro español contemporáneo</i> .—A. del Toro	328
E. Trías: <i>La filosofía y su sombra</i> .—A. del Toro	331

TIERRAS DE DOÑANA

JUAN A. FERNANDEZ D.

Entre las dunas de arenas rubias de la costa más meridional de la provincia de Huelva y la desembocadura del Guadalquivir, se extienden esas tierras que sólo la leyenda, la historia y su actual pujanza han roturado su exhuberante salvajismo.

DOÑA ANA GOMEZ DE MENDOZA Y SILVA

Con el nombre de *Las Rocinas* (1) fue ya citada esta extensa comarca en las crónicas del reinado de Alfonso X el Sabio.

Durante tres siglos, el silencio más nebuloso envuelve el acontecer histórico de cuanto a *Las Rocinas* se refiere, y ni siquiera la leyenda asoma su rostro indefinido a éstos, que habrían de ser, nobles parajes.

Los celajes se entreabren y en el último tercio del siglo XVI el nombre de Doña Ana aparece por primera vez.

Quien haya pasado muchas jornadas en el campo, convivido con los lugareños e indagado en sus rústicos pero, a veces, vivaces cerebros, sabrá dar a la tradición familiar su justo valor. Los escasos acontecimientos de la vida rural hacen de los hechos sobresalientes improntas a fuego para toda la vida y que, constituyendo su dote intelectual, transfieren con generosidad y misterio a sus hijos. En las comarcas aisladas y de escasa densidad de población, este fenómeno de concatenación oral resulta doblemente acusado.

Si bien el cultivo del arroz ha originado, aunque muy marginalmente, algunos núcleos de población considerables, en épocas pre-téritas, la población de las 100.000 Has. que constituyen la marisma del Guadalquivir y los cotos limítrofes se reducía a algunas familias muy dispersas, aunque relacionadas entre sí. Estos hechos pueden ser la causa de que tradiciones antiquísimas permanezcan vivas en estas arcaicas tierras.

Ana, hija de la famosa Ana de Mendoza y de la Cerda —esposa

(1) Este nombre se conserva aún hoy, designando un arroyo y una propiedad próximos al pueblo de El Rocío.

de Ruy Gómez de Silva, pero más conocida por sus amores con Felipe II y Antonio Pérez, y que inmortalizó, tras sus legendarios capítulos de amor, el título de princesa de Éboli—, dio su limpio y sonoro nombre a una parte del amplio territorio de *Las Rocinas*. Y como grabado en el brezo y la arena, la reliquia nominal de Doña Ana se ha conservado hasta nuestros días.

Un viejo guarda del coto, recogiendo datos orales y escritos de sus antepasados, me escribió lo siguiente: «Uno de los próceres de la Casa Ducal de los Medina-Sidonia (quizás el IV), por iniciativa de su bella y honesta esposa, Doña Ana Gómez de Mendoza y Silva, compró terrenos de los propios o comunales de Almonte (Huelva), desde la desembocadura del río Guadalquivir hasta los sitios conocidos por Caño de la Raya y laguna Charco del Toro. Dentro de este terreno edificó un reducido palacio para la vida campera y eterna de su joven esposa, porque ella así lo deseaba».

«En esta finca se prohibió cazar sin la venia y presencia de sus dueños; asimismo, se prohibió también la entrada de personas y animales domésticos, a excepción de aquellos que utilizaran el camino real del condado de Niebla al condado de Sanlúcar de Barrameda, que salía de Almonte, pasaba cerca del Rocío, cruzaba la Canaleja, los Sotos, la Algaiba, Venta del Tío Antoñito, El Palacio, Cerro del Trigo, hasta la desembocadura del Guadalquivir, donde existía un servicio de barcaje para cruzarlo. También podían pasar los viandantes que utilizaran el llamado camino de herraduras, afluente al antes citado camino real, que saliendo de Moguer pasaba por Abalarío, Las Casillas, Acebuche, Las Mogedas y llegaba al Palacio.»

DE FELIPE IV A ALFONSO XIII

Sin temor a resultar exagerados, podemos afirmar que los nobles muros del palacio de Doñana han conocido los eventos políticos de tres siglos de nuestra Historia y, en sus amplias y toscas salas, reyes y ministros, con las manos aún impregnadas del olor dulzón de la sangre del venado, han firmado decretos y redactado órdenes trascendentales para los anales de España.

En 1624, Felipe IV, el rey cazador, se estableció en Doñana con toda su corte, siendo el conde-duque de Olivares y Francisco de Quevedo sus más ilustres competidores en el arte del arcabuz.

Para tan fausto acontecimiento, los Medina-Sidonia, aún propietarios del que desde entonces sería coto real, reconstruyeron y ampliaron notoriamente el antiguo y pequeño palacio que albergó a Doña Ana, conocido en aquella época como Palacio del Bosque (2).

Cuentan las memorias que alrededor de doce mil personas se reunieron, como por milagro, en aquel apartado paraje que casi no conocía la presencia humana. La acogida que los Medina-Sidonia dispensaron al joven rey —las razones diplomáticas no faltaban— casi no tiene precedentes en nuestra historia (3).

Felipe IV no sólo consumió barriles de pólvora matando venados, ánades, flamencos y vacas salvajes; también se dedicó al peligroso y bello arte de alancear jabalíes a caballo en la marisma, y más de un caballo pagó con su vida la diversión del monarca, que desde entonces se hizo el plato fuerte entre las modalidades monteras de Doñana.

En la Hispanic Society of America, de Nueva York, se encuentra actualmente un famoso cuadro de Goya: una maja vestida. Está fechada en 1797, y el fondo del cuadro coincide con el jaguarzal de Doñana en primavera. Se sabe que en esta época el coto era propiedad de Doña María Pilar Teresa Cayetana de Silva y Alvarez de Toledo, duquesa de Alba, la nobilísima e inmortal modelo de Goya. Hoy se afirma que dicho cuadro fue pintado en Doñana, donde el genial aragonés residió, en el año 1797, con la duquesa, joven y ya viuda (4).

Hay investigaciones que afirman la identidad de modelos para las dos majas y una misma fecha. ¿Fue pintada en Doñana la maja desnuda? ¿Es también la duquesa? Lo que sí podemos asegurar es que bajo la magia salvaje de la marisma y la soledad en que convivió con el pintor, bien pudo abandonarse doña Teresa Cayetana a los pinceles que la harían eterna.

En 1863, otra ilustre dama, cautivada por el hechizo legendario

(2) En 1840, Rafael Sánchez, en un artículo de *Revista Gaditana*, cita un escrito de 1624, que dice: «Renovaron la Casa del Bosque, que es muy capaz, y además aderezaron 30 aposentos de ricas tapicerías y hicieron de nuevo una caballeriza para los caballos de su Majestad, de doscientas plazas, cochera para todos los coches, graneros para 2.000 fanegas de cebada, pajar y guadarnés de 116 varas de largo...».

(3) Amplios detalles sobre este acontecimiento los encontrará el lector en la obra del doctor Thebussen: *Nueva relación de la vida de su Majestad desde el palacio del Aljarafe de Sevilla al bosque de Doña Ana, del duque de Medina-Sidonia*. Madrid, 1889.

(4) Para Beruete, no cabe duda que el fondo fino del cuadro a lo Corot es el del coto, e incluso identifica el lugar con las proximidades de la laguna de Santa Olalla.

Así lo aseguró también José Goyena, el célebre coleccionista sevillano, que poseyó el retrato muchos años, procedente de la colección del rey Luis Felipe.

de Doñana, va a visitar el coto acompañada de la princesa Ana Murat. Es la emperatriz Eugenia de Montijo, que a lomos de un pura sangre asiste al alanceamiento de jabalíes en la marisma severa. El fiero deporte de Felipe IV hiere ahora las fibras sensibles de la más guapa de las españolas y la más emperatriz de las francesas.

En 1897, estas tierras pasaban a don Guillermo Garvey, de Jerez, y en 1912 son adjudicadas por herencia a doña María Medina y Garvey, casada con el duque de Tarifa. Carlos Fernández de Córdoba y Pérez de Barrada, duque de Tarifa y de Denia, dio al coto una nueva era de esplendor. Bajo la dirección científica del arqueólogo Schulten, realiza excavaciones encaminadas a la búsqueda de Tartesos, a la que se supone enterrada bajo el Cerro del Trigo, en el mismo corazón de Doñana.

Construyó el muelle de la Plancha y el Palacio de la Marismilla, la casa de Las Mogedas y también las de El Puntal y Santa Olalla. Amplió el palacio de Doñana, en el que construyó una capilla, entronizando a Nuestra Señora del Carmen. Cercó gran parte del coto, colocando tablillas de hierro fundido con la inscripción de *Coto de Doñana* (muchas de estas tablillas se conservan). Introdujo en el coto el gamo, que desde entonces es especie numerosa; también macacos, camellos y avestruces, que bien porque emigraron a las fincas colindantes y fueran muertas, o por problemas de adaptación, desaparecieron en pocos años. Pero si fue espléndida la época del duque de Tarifa se debió, fundamentalmente, a las anuales cacerías regias que ofreció a Alfonso XIII y su corte.

A los efectos cinegéticos, se dividía la finca en dos zonas: la norte, cuyo guarda director montero era don Juan Domínguez Cabrera, y la sur, que caía bajo la dirección de don José Espinar; hombres ambos que, conociendo el terreno con toda clase de detalles, colocaban ojeadores y escopetas con una pericia digna de los aristocráticos monteros. El que fue *secretario* de S. M. Don Alfonso XIII en la montería de 10 de Enero de 1924, escribe lo siguiente: «Tan pronto se anunciaba la montería, el administrador del coto se trasladaba al palacio de Doña Ana o al de La Marismilla, según la parte del coto que se iba a cazar, y empezaba a comprar licores y vituallas de todas clases, incluso medicinas, inyectables y por vía oral, para las enfermedades más corrientes, pues para su aplicación iban médicos, así como sacerdotes para decir misa en la capilla del palacio. El día que llegaban los cazadores, procedentes de Sevilla, en el yate del duque, desembarcaban en la Plancha, donde les esperaban

hombres y caballerías reclutados en Almonte para llevarlos a palacio con sus maletas, criados y equipajes...»

«...S. M. el Rey no sorteaba porque el guarda director le colocaba en el puesto más propicio para la salida de reses, y al cazador que le correspondía aquella *postura* se le corría a la siguiente, cuya norma o distinción a S. M. era aceptada por todos los monteros. Las referidas notas eran recogidas por el guarda director, y aquella misma noche se hacían saber a los monteros la hora de salir al día siguiente, según había previsto el citado guarda. Esta indicación se cumplía con toda exactitud, porque S. M. era el primero que no se retrasaba un solo minuto.»

Alfonso XIII, este otro gran rey cazador en Doñana, no faltaba un solo año a las cacerías del Coto. Durante dieciséis años, en los inviernos, la Casa Real estaba en el Palacio de Doñana, y en varias ocasiones celebró Consejo de Ministros entre sus venerables muros de tierra marismaña.

LA ESTACION BIOLOGICA DE DOÑANA

En 1933, al morir la duquesa viuda de Tarifa, es adjudicado el Coto, por herencia, a doña Blanca Medina y Garvey, hermana de la duquesa de Tarifa y marquesa de Borghetto.

En 1940, don Salvador Noguera, don Manuel González Gordón y el marqués del Mérito compran a los marqueses de Borghetto 17.000 Has. de la parte norte de la finca y que comprendía: Santa Olalla, Palacio, Mogedas, Algaida y Casa de los Guardas, quedando la Venta, Las Marismillas, Cerro del Trigo y Veta Lengua en poder de los Borghetto.

A partir de 1953 se inicia una nueva época para Doñana, y una visión científica, a escala internacional, va yuxtaponiéndose a la puramente cinegética que había imperado en toda su larga y fecunda historia.

Comienzan a aparecer publicaciones científicas sobre Doñana, que en unos años se suceden masivamente; y, en 1957, una expedición científica de gran rango (en ella venía Julián Huxley, premio Nóbel de Biología), se encarga de comprobar y difundir por las distintas geografías lo que ya un español está harto de repetir: el secular cazadero de reyes y príncipes puede ser transformado en la primera reserva biológica de Europa. Las sociedades internacionales de

protección a la naturaleza se interesan seriamente por la cuestión, y la viva insistencia de un vallisoletano crean un clima de universal interés, del que se hace eco la prensa de Madrid, Ginebra, París, Londres y Nueva York. La fiebre por Doñana adquiere caracteres delirantes, pero realistas, que terminan venciendo los colosales obstáculos; y, el 30 de Diciembre de 1964, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, con la contribución económica del World Wildlife Fund, adquiere los terrenos de la Estación Biológica de Doñana y al frente de ellos coloca al hombre que luchó por darle vida y que ahora ha de darle forma: el doctor José Antonio Valverde, ese castellano enamorado de la marisma andaluza.

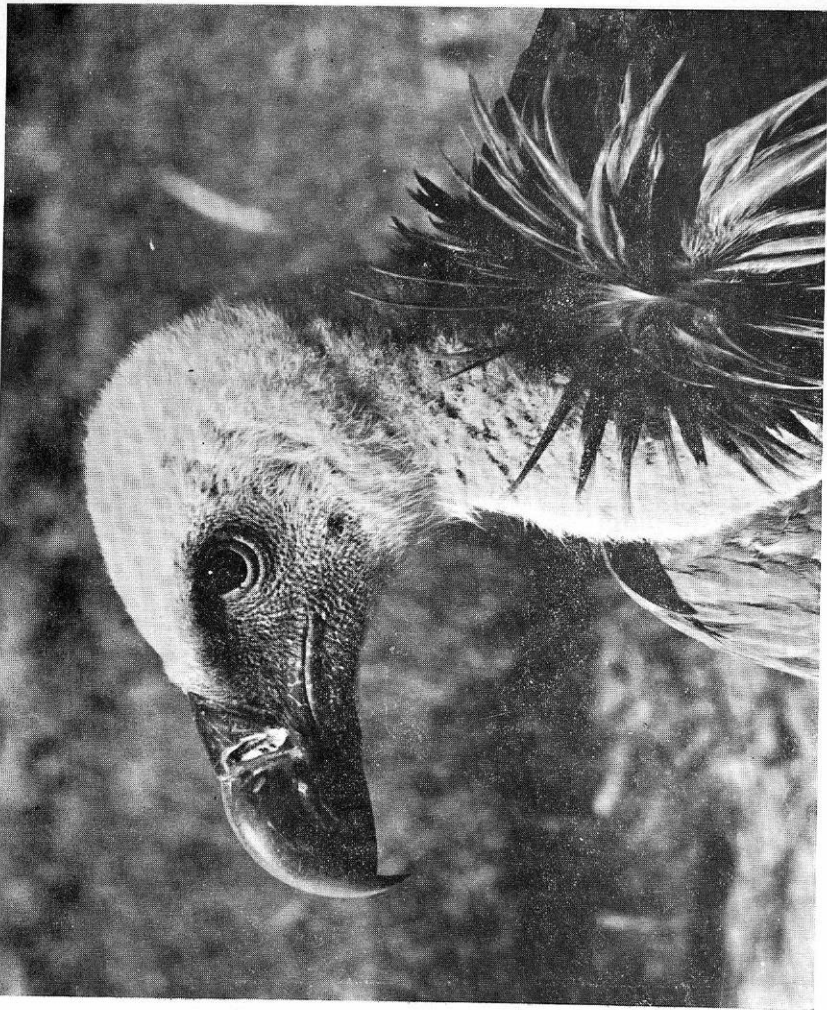
Muy difícil sería, dentro de nuestro sucinto relato, exponer las realizaciones de la Reserva de Doñana en sus cinco años de existencia.

Doñana ha sabido aglutinar los distintos intereses de nuestro país en lo que a los estudios sobre la naturaleza se refiere, e innumerables amateurs de la biología, en sus múltiples aspectos, se han unido a nutridos grupos de investigadores profesionales.

Sólo el anillamiento masivo es un hecho incuestionable; 14.000 aves fueron anilladas la pasada temporada. El interesantísimo anillamiento, del que el profano tan poco conoce, requiere la dirección de expertos, pero también hace necesaria mucha mano auxiliar. En el amplio y heterogéneo equipo de Doñana, casi todos los anilladores son amateurs, algunos de experiencia más que profesional. No podemos olvidar a don Luis Ybarra, decano de anilladores y mi iniciador en ornitología. Ni tampoco a don Olegario del Junco, un arquitecto jerezano que, entre proyecto y proyecto, tiende sus redes japonesas. Con Luis Hidalgo, en sus salidas de Sanlúcar, y don Carlos Melgarejo, en Hato Ratón, realizan igualmente una labor importantísima.

El censo y relación de especies en cada época del año, y el control riguroso de nidos en primavera (5) es labor continua y capital en la Reserva. Esta labor la realizan fundamentalmente sus guardas que, un tanto emancipados de su labor puramente policial —en los

(5) Quizás al lector le interese saber que cada uno de los centenares de alcornoques de Doñana tiene un número y una ficha acompañada de croquis y fotografía, y cada año se anota en cada ficha el número de nidos, sus posiciones en el árbol (la estructura de un alcornoque adulto no varía, prácticamente, de un año a otro), y las especies nidificantes. Esto permite saber en cada momento el número de nidos y especies que hay en la Reserva. Es muy frecuente oír decir a un guarda, a la vuelta de sus correrías diarias por la zona que le ha sido asignada: «Han nacido los milanos reales del alcornoque 142».



El buitre leonado es, entre las aves carroñeras, la más común en estas comarcas. Se alimenta de reses muertas, a las que descarnan con macabra glotonería. En una ocasión observamos cómo 50 buitres, en sólo una hora, dejaban sobre el terreno el reluciente esqueleto de lo que fue una vaca marismeña de quizá 300 kilos.



El gamo, ese simpático saltarín de palmeados cuernos, se encuentra en grandes manadas en las zonas perimerismeñas, y muchos se han hecho tan sociables que se les puede admirar a escasos metros desde los balcones del palacio.

terrenos de la Reserva Biológica el furtivismo no existe—, recorren continuamente sus demarcaciones con ese ojo adiestrado que les confiere el ser hijos de la tierra que pisan. José Boixo es el guarda mayor, un hombre que lleva treinta y cinco años en Doñana, pateando jaguarzos y marismas, y que hoy llama a los pájaros por sus nombres latinos; Antonio Otero, inteligente y ágil, siempre a lomos de su *Saco de huesos*; Juan Robles, el que tantas veces estrechó la mano del rey; Pepe Caro, José Herrero..., toda una institución de hombres que conocen su misión y la ejecutan fielmente porque nacieron y viven para ello.

Misiones más específicas las realizan, individualmente, distintos investigadores en actuaciones más episódicas. Entomólogos, botánicos, genéticos..., acuden continuamente a este vivero gigante a realizar estudios particulares. Porque Doñana, bajo ese espíritu amplio e inquisitivo de su director, es la patria de todo el que quiere conceder sus esfuerzos a cualquier aspecto de la ciencia.

La nueva sección de Biológicas, de la Facultad de Ciencias hispalense, ha venido a marcar una interesante pauta de colaboración en pro de los comunes intereses científicos. Y hoy, un joven plantel de estudiantes de Biológicas se inician en la investigación por esas tierras generosas de Doñana. Y ya algunos de ellos, como los regios visitantes del pasado, como toda alma sensible o interesada, han sorbido el mágico bebedizo de estas tierras, y sólo sus cotidianos quehaceres en las aulas les arrancan de allí. Las pasadas Navidades conviví varios días en el Palacio con tres de esos estudiantes. Modesto Pozuelo, un herpetólogo en ciernes, se quejaba de la escasez de culebras en el invierno y me recordaba un día de verano, en que una inglesa se encontró una en su cama y tres más fueron halladas en los frescos corredores del palacio. Esta fue una jornada anecdótica porque, aparte de las culebras, cosa frecuente en los días fuertes de calor, un jabalí entró de *motu proprio* en el patio, y un joven ciervo —Felipe— se comió unas macetas de un salón decorado por Samo. José Carlos, que se dedica al estudio de cetáceos varados en la costa, se pronunciaba enfáticamente contra los edificios de siete plantas que ya comienzan a romper el limpio horizonte de las dunas. El tercero de ellos, Andrés Sánchez, que realiza un estudio monográfico sobre el alcotán —rapaz de la familia de las falcónidas—, me contaba cómo hubo de romper con su novia por incompatibilidad *biológica*. Y cuando por las noches, en esas tempranas noches del invierno, y junto a la chimenea donde arden morras de brezo, nos referíamos los acontecimientos de la jornada, me pare-

cía encontrar en ellos auténtico interés por algo, cosa que difícilmente hallo en los jóvenes que, a diario y por mi profesión, trato. Ciertamente, el ser capaz de permutar unas cómodas vacaciones, amenizadas por el siempre encantador juego del sexo, por la fría y solitaria marisma, ya supone una purificación.

La protección de que son objeto las distintas especies zoológicas que pueblan Doñana es más racional y científica que arbitraria y sentimentaloides. Se les protege a todas por igual o, mejor dicho, se las deja a todas a su libre albedrío a fin de que persista el mismo equilibrio biológico que en épocas pretéritas, libres de las irrupciones antropógenas actuales.

En ocasiones, sin embargo, nadie nos libra de meternos donde no se nos llama, y algún ornitólogo transformado en «Hermanita de la Caridad» perturba el biológico acaecer. Y esas humanas y afectivas perturbaciones al medio resultan siempre gratamente inolvidables. En mayo de hace dos primaveras, una joven águila caía del niño víctima de sus infantiles juegos. Su observador, el excelente cinemozoólogo vasco, Rafael Trecu, se recorrió seis kilómetros de brezal con el pollo de águila en brazos hasta llegar a un palacio, donde se le curó y alimentó. Más tarde, el ágil Antonio Otero lo reintegraba, peligrosamente, al domicilio materno. En otra ocasión, una garza cenizosa quedó presa en los lodos movedizos de Laguna Dulce. Se dio la voz, y todo un equipo de socorro corrió a solucionar la emergencia. A la media hora, un tractor y un Land-Rover aparcaban en las pardas orillas, y Enrique Hafner, amarrado a una tensa maroma y con el fango al cuello, pues esta zona de la laguna carece de fondo firme, rescataba a la desdichada ave. En el palacio se le lavaron cuidadosamente las plumas, pernoctó en un laboratorio y, al día siguiente, ya seca, se la llevó a las limpias aguas de Santa Olalla, donde fácilmente se reintegró a su azarosa vida salvaje.

Hay dos especies que, poseyendo los mismos privilegios que las otras, ocupan nuestro mayor interés: el águila imperial y el lince hispánico. El segundo, desde que se fundó la Reserva, ha prosperado de tal modo que deja de ser un peligro la extinción de que estaba amenazado. Para el águila imperial, por el contrario, todos los cuidados son pocos. Su escaso número —sólo tres parejas— y su difícil reproducción le han transformado en la mimada de la casa. Y cada año, con el nerviosismo de futuro papá en clínica de maternidad, esperamos ansiosos la eclosión de los huevos.

El especial proteccionismo de la Reserva, así como de la Dirección General de Caza, hacia las rapaces, no siempre es compartido

por los propietarios de cotos de caza, que creen que la existencia de rapaces en el territorio merman el número de las especies cinegéticas. En la Reserva, cuyo número de rapaces es muy elevado, hay muchos más conejos, que en otras fincas de caza mayor, en las que tampoco se castigan los lepóridos, pero no hay rapaces. La razón es la siguiente: la mayor parte de la población mundial de conejos se encuentra, desde hace años, bajo la garra de la mixomatosis. Esta enfermedad, a partir del séptimo día, transforma a los conejos enfermos en fuente móvil de infección; pero si existen suficientes rapaces —y sabido es que los conejos, bajo el influjo de la enfermedad, se hacen torpes de movimientos y ciegos— son eliminados por aquéllas rápidamente, cortando así el foco de contaminación y permitiendo sólo la reproducción de los más fuertes y sanos.

LOS BIOTOPOS DE DOÑANA. CICLO ANUAL DE SU FAUNA

El panorama geográfico de estas tierras no puede ser más heterogéneo. Zonas de dunas desérticas se dan la mano con húmedos bosques de pinos. Extensos parajes lacustres, paralelos a la costa, se encuentran bordeados de pinar y monte bajo. Quizá 3.000 Has. de una inextricable maraña de brezal, aulagas y tojos, de tres metros de altura. Un parque de viejísimos alcornoques se extiende siguiendo el borde de la marisma y también, menos densamente, diseminándose hacia el interior. Y, finalmente, la marisma, la peculiar marisma de Doñana, cuyas características biológicas no se repiten en el planeta. Pero la multiplicidad de sus biotopos conduce a una armónica y compleja organización de fauna, de la que es elocuente prueba su elevado número de especies.

Cada estación del año hace de Doñana un paraíso distinto. En el invierno, la atención se fija predominantemente en la marisma, donde los gansos salvajes, procedentes del norte de Europa, establecen su patria invernal, y los sibones y limosas nublan el horizonte. La marisma es, entonces, un inmenso lago sin límites visibles, de cuyas tranquilas aguas sólo asoman alguna briznas de castañuela seca, y sobre cuya mansa superficie nadan miríadas de anátidas. En los pinares, los líquenes y hongos dan una pincelada de soledad. Y sobre las arenas vírgenes de las dunas se dibujan las huellas del lince y la mangosta. Los reptiles duermen y la vida parece no existir.

Meses más tarde, aparece la primavera; la ruidosa primavera de Doñana, donde el aire parece vibrar y la vida grita por todas partes. Es la época de la reproducción; los animales se aparean y las aves construyen sus nidos. Las fochas, de pico blanco y plumaje negro como el azabache, constituyen la población nidificante más numerosa de la marisma, y sus nidos, de ballunco torpemente entretrejido, se esparcen densamente por una superficie de 40.000 Has. Fumareles, pagazas y garzas purpúreas anidan en apretadas colonias, a las que se asocian para protegerse otras especies menos numerosas y no gregarias. Zampullines, somormujos, lavancos, pollas de agua, patos y toda una abigarrada multitud de especies realizan una activa reproducción en la marisma, cuyas aguas ahora permanecen ocultas por una densa vegetación de castañuela y ballunco.

La llegada de Mayo es saludada por la marisma con una pléyade millonaria de huevos rotos y nuevas vidas esparcidas por sus aguas. Una confusa multitud de jóvenes anátidas y limícolas hacen del lugar el más populoso de los kindergarten, y sus componentes son fríamente diezmados por rapaces y garzas, que también necesitan alimento para su prole. Los grandes roedores también se llevan su tajada de las jóvenes nidadas, que sufren el continuo asedio de todos los predadores. Gran parte de esta carne menuda alimenta a otras tantas bocas infantiles por medio de unos padres que cumplen inexorablemente los dictados de su instinto. Durante todo este mes, una fría y confusa lucha por la vida, en la que unos comen y otros son comidos, se extiende muda por toda la marisma; pero la gran masa de proteína viviente crece y crece a expensas de sol y corofila.

En los alcornocales perimarismenños se han establecido las ardeidas: garzas cenizas y blancas, rezneros y espátulas que hacen sus nidos en las ramas de los centenarios alcornoques desde tiempos inmemoriales. Para el observador novel puede resultar chocante la irregular distribución de los nidos, pues mientras en unos la concurrencia de aves es enorme, disputándose en auténticas luchas la posesión de un trozo de rama donde instalar su temporal morada, en otros, sin embargo, de análogas características no se da la nidificación. El motivo es simple: sus únicos enemigos naturales son las rapaces (águilas, milanos, etc.), y cada rapaz posee su particular territorio de caza. Si toda la colonia queda dentro de uno de los territorios, sólo es diezmada por una pareja de rapaces, la cual es incapaz de eliminar la totalidad, cosa que sí sucedería si, diseminada

por parejas la colonia, se extendiera por los diversos territorios de distintos predadores

Pero de entre todos los árboles de la estación biológica de Doñana hay cada primavera tres privilegiados: aquellos que han tenido el alto honor de ser depositarios de los nidos de águilas imperiales. Uno en la Mancha del Marqués, otro en Encinillas Altas, y el tercero en Zalagalano, permiten cada año un acontecimiento capital para la ornitología: la procreación de una de las especies más escasas del globo. Y a partir de Febrero, fecha aproximada de nupcias, ojos expertos tras prismáticos potentes siguen los íntimos actos de las imperiales parejas —todo esto me recuerda las pasadas tradiciones reales, por las que los designados habían de certificar *de visu* la cópula soberana—. Y, a finales de la primavera, cuando, con mayor o menor fortuna, las águilas hayan cumplido su misión reproductora, las pajareras perimarismeñas parezcan nubes blancas de tanto revoloteo de adolescente y la marisma viva su apogeo, en el otro extremo de la Reserva, entre dunas, lagunas y pinares, allí en el Charco del Toro o en ese otro gran remanso de Tarajes, el águila culebrera y el alcotán —esos tardíos de la reproducción— inician su ciclo biológico.

El verano marca el ocaso de la marisma. La tierra desnuda, abrasada por un sol de fuego, se transforma en una estepa muerta de barro cuarteado. Los lucios, antes bulliciosos de vida, brillan con la sal que, cristalizada, dejaron las aguas. Pero esta prolífica madre, ahora estéril, ha dado suelta ya a sus hijos y las lagunas interiores de Doñana los acogen pródigamente. Son estas paradisíacas balsas que ponen ahora una nota de vitalidad intensa, porque en ellas se congregan cuantas aves nacieron o vivieron en los extensos biotopos circundantes. De entre todas sobresale el flamenco rosado. Ese animal de patas largas, cuello esbelto y pico deforme es el elegante de las lagunas. Su silueta curvilínea y estilizada, su andar pausado y armonioso, su hermoso cuello distendido, lo hacen un emblema de paz entre las aguas. Pasear por esas lagunas que, ceñidas por los brezos y repletas de agua verde, albergan aves de colores, es sentir la belleza en plenitud.

A finales de Agosto, los ciervos, y algo más tarde los gamos, esparcirán su canto de amor por los jaguarzos en el ronco bramido de la berrea. Llegará luego Septiembre, quizás Octubre, y con las primeras lluvias otoñales todo comenzará de nuevo.

EL GRAN PARQUE NACIONAL DE DOÑANA

El verano de 1969 es decisivo en la historia de Doñana. Y dos hechos simultáneos rubrican los titánicos esfuerzos para salvar de un modo definitivo la fauna del parque natural más valioso de Europa.

La Reserva Biológica, con sus 6.794 Has., sólo podía significar *poner una pica en Flandes*, para una mente con intuición futurista y conocimiento del acontecer biológico. Efectivamente; la protección de las especies, con su consiguiente incremento numérico, obliga a una expansión de las mismas o a la degeneración y muerte por déficit alimenticio. Además, puesto que cada especie posee su densidad óptima y máxima de supervivencia, el cambiársela artificialmente supondría una alteración en las características tanto somáticas como de comportamiento de las mismas. Cosa que implicaría pecado capital en tierras como las de Doñana, que en tal aspecto han permanecido invulneradas durante siglos.

Se estaba llegando a sentir el problema: la pista de acceso a Palacio, con sus 11'5 kilómetros desde la carretera que une el Rocío con Torre de la Higuera, había que transitarla cada vez más despacio por temor a los numerosos «accidentes de circulación» que comenzaban a producirse entre los salvajes peatones del coto; los esquivos lince, de los cuales los guardas más viejos hablaban como raros personajes de leyenda, eran ahora lo suficientemente numerosos para extender sus nuevos territorios de camada y campeo muy por fuera de los límites de la Reserva; los venados, gamos y jabalíes, en los veranos y comienzos del otoño se separaban decenas de kilómetros de las lindes; y en el invierno, cuando la presión de caza se hacía más intensa, los ánsares y patos se congregaban en masas ingentes en las escasas zonas que, de hábitat idóneo para ellos, poseía la Reserva Biológica. Pero, como en dos milagros sucesivos, ese gran taumaturgo que es el esfuerzo continuado, resolvió la situación. En el mes de Mayo de 1969 se consigue dinero para comprar 3.214 Has. de una de las regiones más interesantes de toda la marisma: la que comprende el bellissimo lucio de Mari López. Y el 14 de Agosto del mismo año, en Consejo de ministros, es aprobado el Decreto de Ley por el que pasan a parque nacional 35.000 Has. de unas tierras que, ornitológicamente consideradas, quizás constituyan lo más valioso de nuestro planeta.

Cuanto he dicho de esa Doñana, que durante años he pateado, observado y sentido, es su pasado y su presente. El futuro lo tene-

mos todos en nuestras manos. Desde su creador, el hombre que ha tronformado el cazadero de reyes y príncipes en el mayor laboratorio de campo que jamás se soñó, hasta cualquiera de sus visitantes, que, quizás sin comprender, se siente envuelto en lo grande y lo sublime. A todos los que alguna vez pisen su viejo suelo, gratuitamente, les pido que reverencien lo venerable y lo bello, y no olviden que se encuentran en el segundo Paraíso Terrenal.